



CAPÍTULO XXIII

Consunción del espíritu revolucionario

POR el movimiento del 31 de mayo de 1793 logró la Revolución acabar lo que constituyó su obra magistral: la abolición definitiva, sin indemnización, de los derechos feudales y la abolición del despotismo real. Pero, hecho esto, la Revolución se detuvo. La masa del pueblo quería ir más lejos; pero aquellos a quienes la revolución misma puso a la cabeza del movimiento no se atrevieron a dar un paso más; no quisieron que la Revolución atacara las fortunas de la burguesía, como atacó las de la nobleza y el clero, y emplearon todo su ascendiente en detener, en contener y en destruir esa tendencia. Los más avanzados y los más sinceros entre ellos, al acercarse al poder, respetaron a la burguesía, aunque la detestaban; pusieron sordina a las

oposiciones igualatorias; se detuvieron ante la consideración de qué diría de ellos la burguesía inglesa; se convirtieron a su vez en hombres de Estado, y trabajaron para constituir un gobierno fuerte, centralizado, cuyos organismos le obedecieran ciegamente. Y cuando logra-



ron constituir ese poder, sobre los cadáveres de aquellos que juzgaron demasiado avanzados, aprendieron, al subir ellos mismos al cadalso, que matando al partido avanzado habían matado la Revolución.

Después de haber sancionado por la ley lo que los campesinos habían pedido y hecho, acá y acullá, durante cuatro años, la Convención no supo emprender nada orgánico. Exceptuando los asuntos de defensa nacional y de educación, su obra quedó con el estigma de la esterilidad. Los legisladores sancionaron todavía la formación de los Comités revolucionarios y pagaron a los descamisados pobres

que dieron su tiempo al servicio de las secciones y de los Comités; pero esas medidas de apariencia democrática, no eran ya de demolición o de creación revolucionaria: sólo fueron medios de organización del poder.

Fuera de la Convención y del club de los Jacobinos — en el Ayuntamiento de París, en algunas secciones de la capital y de provincias y en el club de los Franciscanos — hallábanse aún algunos hombres



NUEVO DOCUMENTO SOBRE LOS ESTADOS GENERALES

que comprendían que para consolidar las conquistas revolucionarias era indispensable seguir adelante, y trataban de formular las aspiraciones de orden social cuya aparición se percibía en las masas populares.

Aquellos hombres trataban de constituir la nación francesa como un agregado de 40.000 municipios, en correspondencia continua entre sí y representando otros tantos centros de la extrema democracia (1), que trabajarían para establecer «la igualdad de hecho», como se decía entonces, «la igualación de las fortunas»; trataron de desarrollar los

(1) La función municipal era «el último término de la Revolución», dice exactamente Mignet (*Histoire de la Révolution française*, 19 ed., II, 31). En oposición al Comité de Salud pública, quería, en lugar de la dictadura convencional, la más extensa democracia local, y en lugar de culto, la consagración de la incredulidad más grosera. La anarquía política y el ateísmo religioso eran los símbolos de ese partido y los medios por los cuales contaba establecer su propia dominación. Conviene observar que sólo una parte de los «anarquistas» siguieron a Hebert en su campaña antirreligiosa, y que muchos le abandonaron en vista del estado de las creencias de los campos.

gérmenes de comunismo municipal que la ley del máximo había reconocido; inclinaron hacia la nacionalización del convenio de los principales artículos de consumo, en la que veían el medio de combatir el acaparamiento y la especulación; intentaron, por último, impedir la formación de las grandes fortunas y romper y esparcir las que ya se habían constituido.



BARÈRE DE VIEUZAC

Pero dueña del poder, y aprovechando la fuerza que se había formado entre las manos de los dos Comités, el de la Salud pública y el de Seguridad general, cuya autoridad aumentaba con los peligros de la guerra, la burguesía revolucionaria aniquiló a los que llamaba «los Rabiosos», o «los anarquistas» — para sucumbir a su vez en terror, bajo la acción de la burguesía contrarrevolucionaria (1). Enton-

(1) Bajo el nombre «El Ayuntamiento y los anarquistas» comprendía Mignet los hombres del Ayuntamiento, como Chaumette y el alcalde Pache, los comunistas como Jacques Roux, Chaliar, Varlet, etc., y los hebertistas propiamente dichos, y escribió: «En esta circunstancia Robespierre quería sacrificar el Ayuntamiento y los anarquistas; los comités querían sacrificar la montaña y los moderados, y llegaron a entenderse». Michelet, por el contrario, separa los comunistas populares, como Jacques Roux, Varlet, Chaliar, L'Ange, etc., de los hebertistas.

ces, detenido el empuje revolucionario por la ejecución de los revolucionarios avanzados, pudo establecerse el Directorio, y Bonaparte no tuvo que hacer más que apoderarse del poder centralizado, establecido por los revolucionarios jacobinos, para hacerse cónsul y después emperador.

En tanto que los montañeses lucharon con los girondinos, solicitaron el apoyo de los revolucionarios populares. En marzo y en



NUEVO DOCUMENTO SOBRE LA MUERTE DE MIRABEAU

abril de 1793 parecían dispuestos a ir más lejos con los proletarios; pero, llegados al poder, sólo pensaron en constituir un partido *medio*, colocado entre «los Rabiosos» y los contrarrevolucionarios; consideraron como enemigos a los que representaban las tendencias igualitarias del pueblo; los aniquilaron, aniquilando al mismo tiempo todas las tentativas de organización en las secciones y en el municipio.

La verdad es que la mayoría de los montañeses, salvo raras excepciones, no conocían las necesidades del pueblo, conocimiento necesario para constituir un partido de revolución popular. El hombre del pueblo con su miseria, su familia frecuentemente hambrienta y sus aspiraciones igualitarias todavía vagas y flotantes, les era extraño; sólo les interesaba el individuo abstracto, la unidad de una sociedad democrática.

A excepción de algunos montañeses avanzados, cuando un convencional en misión llegaba a una ciudad de provincia, las cuestiones del trabajo y del bienestar en la República, el goce igualitario de los bienes disponibles apenas le interesaban. Enviado para organizar la resistencia a la invasión y levantar el espíritu patriótico, obraba como funcionario democrático, para quien el pueblo no era más que el elemento que debía ayudarle a realizar los propósitos del gobierno.

Si se presentaba en la Sociedad popular de la localidad, era porque, considerando al Ayuntamiento como «gangrenado de aristocracia», la Sociedad popular le ayudaría a «depurar la municipalidad», para organizar la defensa nacional y para echar mano sobre los traidores.

Si molestaba a los ricos con impuestos, frecuentemente muy gravosos, era porque los ricos, «gangrenados de agiotismo», simpatizaban con los fuldenses o con los «federalistas», y ayudaban al enemigo. Era además porque con esos gravámenes se hallaban los medios de alimentar y vestir los ejércitos.

Si proclamaba la igualdad en una ciudad, si prohibía el pan blanco e imponía a todos el pan moreno o el de habas, era para alimentar a los soldados. Y cuando un agente del Comité de Salud pública organizaba una fiesta popular, y escribía a Robespierre que había unido tantos ciudadanos y jóvenes patriotas, ejercía acto de propaganda patriótica y guerrera.

Admira, cuando se leen las cartas dirigidas por los representantes en misión (1), ver la omisión de las grandes cuestiones que apasionaban la masa de los campesinos y de los obreros. Tres o cuatro únicamente entre doscientos fijaron su atención en tales asuntos.

La Convención abolió los derechos feudales y ordenó quemar sus títulos, operación que se realizó con manifiesta mala voluntad; autorizó la devolución a los municipios rurales de las tierras que les habían sido usurpadas bajo diversos pretextos doscientos años antes, y parece natural que se activara la ejecución de esas medidas para despertar

(1) Se hallarán esas cartas en el *Recueil des Actes du Comité de Salut public*, publicado por Aulard, París, 1889; también en Legros, *La Révolution telle qu'elle est..... Correspondance du Comité de Salut public avec ses généraux*, 2 vol., París, 1837.

el entusiasmo revolucionario de las poblaciones; pero en las cartas de los convencionales en misión no se halla casi nada sobre el cumplimiento de tales medidas (1). Las interesantes cartas del joven Jullien, dirigidas al Comité de Salud pública o a su amigo y protector Robespierre, sólo una vez hablan de quemar títulos feudales (2). Asimismo se menciona el hecho en cartas de Collot-d'Herbois (3).

Hasta cuando los convencionales hablaron de subsistencias —



NUEVO DOCUMENTO SOBRE LA MUERTE DE MARAT

y a ello se ven obligados con frecuencia —, no llegaban nunca al fondo de la cuestión. Sólo hay una carta de Jeanbon Saint André, de 26 de marzo de 1793, que sea excepción de la regla, y aun se ha de tener en cuenta que es anterior al 31 de mayo; después se volvió también contra los revolucionarios avanzados (4). Escribiendo desde Lot-y-

(1) Las cartas publicadas en la recopilación de Aulard, o por Lagros son palpitantes de actualidad bajo todos sus aspectos; pero he buscado en vano las huellas de una actividad de los convencionales en esta dirección. Jeanbon Saint-André, Collot d'Herbois, Fouché, Dubois Crancé tocan alguna vez las grandes cuestiones que apasionaban a los campesinos y los proletarios de las ciudades. Quizá haya cartas de otros convencionales que yo no haya visto; pero lo que me parece cierto es que a la generalidad de los convencionales en misión no interesaban esos asuntos.

(2) *Une mission en Vendée.*

(3) Aulard, *Recueil des actes du Comité de Salut public*, t. V, p. 505.

(4) La carta está firmada por dos representantes en misión enaquel departamento, Jeambon y Lacoste; pero está escrita por el primero.

Garona, uno de los departamentos más simpáticos a la Revolución, Jeanbon pedía a sus colegas del Comité que se hicieran cargo de los peligros de la situación: «La situación es tal, decía, que si nuestro valor no produce una de esas ocasiones extraordinarias que levantan el espíritu público y le dan una nueva fuerza, no hay esperanza. Las perturbaciones de la Vendée y de los departamentos vecinos son inquietantes, pero son peligrosos únicamente porque sofocan el santo entusiasmo de la libertad en todos los corazones. En todas partes se siente el cansancio revolucionario. Los ricos detestan la Revolución, los pobres carecen de pan....», y «cuantos se llamaban antes moderados, que en cierto modo hacían causa común con los patriotas y que al menos querían una revolución cualquiera, no la quieren ya hoy..... Antes al contrario, quieren la contrarrevolución.....» Hasta los Ayuntamientos eran débiles o corrompidos en todos los lugares que recorrieron aquellos dos representantes.

Jeanbon Saint-André pedía, pues, medidas *grandes* y rigurosas, y terminada su carta, vuelve a esas medidas en una postdata. «El pobre pide pan; el trigo no falta, pero se tiene encerrado..... Se necesita imperiosamente hacer que viva el pobre si queréis que os ayude a terminar la Revolución. Un decreto mandando *la recogida general del trigo* sería muy útil, sobre todo si se añadiera una disposición estableciendo *graneros públicos formados con lo superfluo de los particulares.*» Y Jeanbon Saint-André *suplica* a Barère tome la iniciativa de esas medidas (1).

La Convención no se interesaba en tales asuntos. Lo que sobre todo interesaba a los convencionales, iguales en esto a todos los hombres de gobierno que les precedieron o les siguieron, no era el establecimiento del bienestar general, sino la debilitación y aun el exterminio de sus enemigos. Por lo mismo, pronto se apasionaron por el Terror, pero como medio de abatir los enemigos de la República democrática, no para establecer las medidas de gran alcance económico, ni siquiera en favor de las que ellos mismos votaron en momentos dados bajo la presión de los acontecimientos.

(1) Aulard, *Actes* etc., III. págs. 533-534.